

RESEÑAS DE LIBROS

Morán, Fernando. *Una política exterior para España*. Barcelona. Editorial Planeta, 1980. 440 pp.

Como se desprende del título, el libro pretende presentar una alternativa socialista para la política exterior de España, tema de gran actualidad desde el reciente arribo del Partido Socialista Obrero Español al poder. El libro —nos explica el autor— trata de cubrir la carencia de información y debate sobre asuntos externos y la necesidad de aclarar la postura socialista en la polémica abierta sobre el ingreso de España a la OTAN y a las instituciones comunitarias.

Por ser Fernando Morán un militante distinguido de este partido y actual Ministro de Asuntos Exteriores, el libro constituye una versión autorizada del programa de política exterior del actual gobierno español, sin pretender ignorar por ello los cambios y matices que todo programa político sufre desde el ejercicio del poder.

El tema que el socialismo considera esencial y decisivo para la política exterior española es el de cómo evitar, o reducir, los riesgos de satelización sin caer en un vacío y sin romper equilibrios. La satelización es definida como una situación en la cual un Estado responde, no conforme a sus intereses —que pueden coincidir con los de una superpotencia— sino, automática o indefectiblemente, conforme a los intereses de su protector de hecho.

Dada su dimensión geopolítica y la situación mundial, dos son los objetivos que el autor señala para la política exterior española: no romper los equilibrios globales y lograr un área de autonomía que evite la satelización del país y además posibilite una acción exterior propia y dinámica. Los factores que condicionarían las posibilidades de acción de España estarían dados por: *a*) su nivel de desarrollo próximo a la sociedad industrial, pero que engloba aún áreas y sectores subdesarrollados; *b*) su posición geográfica que constituye un área de contacto entre culturas distintas; *c*) su clara adscripción a los proyectos europeos, los cuales, sin embargo, se han definido sin tomar en cuenta la situación de España; *d*) la posibilidad de que el modelo español de industrialización sirva de ejemplo para otras sociedades, y *e*) la fragilidad latente de las instituciones y costumbres democráticas, que hace a España muy vulnerable a todo intento de desestabilización desde el exterior, y que puede hacer abortar el proyecto de cambio.

El autor afirma que el gobierno de Francia tenía la imagen de un régimen vasallo de los intereses occidentales, impresentable en el plano de la ideología, pero útil por su posición estratégica y por su contada capacidad de resistencia a las presiones. Que en sus primeros años de política exterior, la monarquía buscó cambiar dicha imagen sin tener mucho éxito, quizá por falta de un verdadero debate sobre los temas exteriores, o porque los equipos dirigentes se formaron en el régimen anterior, acaso porque no se había creado todavía un sistema propio, una nueva época. La amalgama reforma-ruptura no había creado un país nuevo y, por lo tanto, tampoco un sujeto exterior muy diferente, opinaba Morán.

En el capítulo tercero, el autor aborda el periodo que denomina de homologacio-

nes, y que consiste en los esfuerzos de los distintos partidos políticos y aun del gobierno por ser aceptados por sus pares del resto de Europa, con el fin de legitimarse y fortalecerse internamente. La gran homologación la alcanza el PSOE, que obtiene el respaldo de la Internacional Socialista en diciembre de 1976, en ocasión de su XXVII Congreso, al cual asisten todos los grandes del socialismo europeo: Willy Brandt, Nenni, Mitterrand, etcétera.

En su objetivo de alcanzar el reconocimiento de su carácter democrático, el gobierno español ratifica los Pactos sobre los Derechos Humanos, participa en la Conferencia Anual de la Organización Internacional del Trabajo, y logra que el Parlamento Europeo vote por unanimidad el apoyo al ingreso de España a la CEE. Aunque el autor no lo reconoce así, la política de las homologaciones tiene gran semejanza con la política franquista de búsqueda de su aceptación internacional.

En el último capítulo de la Segunda Parte "El Nuevo Marco Institucional de la Política Exterior Española", se discuten los ordenamientos que en materia de política exterior contiene la Constitución de 1978. Afirma el autor que la labor de los constituyentes no fue intensa ni profunda en materia internacional, ya que estos temas no ocuparon la atención preferente de los diputados. El resultado ha sido ambigüedad, parquedad de visión, y una sensación de atemporalidad en el documento.

A partir de un análisis detallado de la crisis económica mundial y de la nueva correlación de fuerzas militares entre los dos bloques, en la parte tercera del libro (*El cambio de la situación mundial*) el autor pretende dar al lector español una idea del clima internacional prevaleciente en los primeros años de la década de los ochenta, con objeto de que conozca las dificultades y presiones a las que el gobierno habrá de exponerse.

La parte cuarta, la más extensa de todo el libro, abarca 11 capítulos que discuten los problemas más relevantes de la actual política exterior española: la alineación o no alineación; la presencia española en el Mediterráneo; la política árabe; el Magreb y la cuestión del Sáhara; la situación de las Canarias; la reivindicación del Gibraltar; la integración europea y las relaciones con Portugal, el Tercer Mundo, China, África y Latinoamérica.

En el tema de la alineación, que está estrechamente vinculado con el de la defensa, el autor rechaza la posibilidad de que España pueda conservar una postura neutral, ya que en caso de una conflagración nuclear, el país difícilmente estaría a salvo y porque una declaración unilateral en ese sentido no sería aceptada por ninguna de las superpotencias. El socialismo español se inclinaría más bien por una integración en un sistema de defensa europeo, sin participación norteamericana y con capacidad nuclear. La integración a este sistema europeo, que sin duda estaría encabezado por Francia, facilitaría la cooperación franco-española.

Los socialistas se pronunciaron en contra del ingreso a la OTAN y, como las negociaciones a este respecto estaban bastante adelantadas, el autor demandó que dicha decisión fuera sometida a *referendum*, de acuerdo a lo estipulado en el Artículo 92 de la Constitución. La alternativa al ingreso a la OTAN estaría dada por la configuración de un sistema de defensa netamente europeo encabezado por Francia, país en el cual los socialistas creen ver un aliado natural y con el cual proponen se llegue a un entendimiento político, económico y militar.

Todas las soluciones de España pasan por Europa, pero esto no quiere decir que Europa —la integración a ella y la participación en su construcción— vaya a resolver los dilemas españoles. La integración no resuelve por sí misma los problemas que la actual situación mundial plantea al país —ni elimina la necesidad de

adoptar políticas concretas y propicias en terrenos individuales—, sin embargo parece claro —dice el autor— que en tres realidades concretas, se presenta no ya como deseable sino como ineludible: *a*) en la posición económica y comercial; *b*) como instrumento para lograr una autonomía política mínima con respecto a la pretensión de bipolaridad de poder de las superpotencias; y *c*) para lograr un sistema defensivo propio que permita lo anterior.

Después de reseñar la problemática de la integración a la CEE el autor concluye que respecto a Europa son varios los interlocutores que pueden coordinar su acción con España: Alemania, Italia, Inglaterra y Portugal. Sin embargo, el verdadero interlocutor, el indispensable, sigue siendo Francia. Por las siguientes razones:

a) Es un país vecino y, entre los vecinos de España, la potencia de mayor calibre y la que más influye política, cultural y técnicamente en la vida socioeconómica española.

b) Con Francia se tiene la posibilidad de establecer una cooperación en zonas comunes.

c) Son sectores franceses precisamente los principales opositores al ingreso de España a la Comunidad.

España es una potencia media a escala mundial y una potencia regional de primer orden. Considera el autor que dentro de los condicionamientos del poder mundial, una potencia media puede conseguir un ámbito mínimo de libertad para perseguir el logro de sus intereses, si está en posesión de un análisis claro y de una voluntad decidida. En el caso de España, su situación geográfica la convierte en un factor decisivo, dentro de la posición europea, por su entrada en el Mediterráneo y como frente occidental de este mar. La importancia de esta región otorga a España posibilidades de primer orden al convertirla en factor clave de un sistema local que incide decisivamente en el equilibrio global. Más aún, el Mediterráneo ofrece la posibilidad de coordinar la política española con la de su vecina, Francia.

Los objetivos que el autor plantea para esta área se refieren a: 1) mantener la paz y estabilidad mediterránea; 2) evitar que el área se caliente; 3) lograr una autonomía relativa que le permita a España establecer una relación importante y creciente con los países del Norte de África.

Para promover lo anterior, el PSOE propone se promueva un sistema de seguridad basado en acuerdos entre países ribereños del Mediterráneo (de ambas orillas), que no sustituya sino que se complemente con el sistema existente, constituido exclusivamente por el equilibrio bipolar URSS-EUA.

Sobre el conflicto árabe-israelí, afirma el autor que la principal directriz de la diplomacia española en el tema, debe ser la de mantener la posición de las Naciones Unidas, observar atentamente el desarrollo de los acuerdos entre Egipto e Israel, mantener una relación institucionalizada con la OLP, no dejarse arrastrar por ningún maniqueísmo, evitar toda hostilidad hacia el pueblo israelí y planear la política exterior resistiendo presiones y conveniencias del momento, con énfasis en la simple idea de que hay que evitar —incluso por propio e inmediato interés— que las decisiones se tomen sin considerar a los involucrados directamente; y que los grupos de presión de los regímenes políticos y económicos de las superpotencias prevalezcan sobre los derechos de los pueblos.

Con respecto al establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel, el autor no se pronuncia con suficiente claridad, limitándose a recomendar un “análisis frío y lúcido, pero respetuoso con los principios y realidad históricos”. Se recomienda, asimismo, no sancionar la adquisición de territorios por la fuerza de parte de Israel.

Acerca del conflicto en el Sáhara, entre Marruecos y la República Árabe Saharaí,

Morán considera que España no puede jugar la función de intermediaria puesto que ha malbaratado sus propias posibilidades. El objetivo presente radicaría más bien en la necesidad de evitar la globalización del conflicto con la participación en él de las superpotencias. Por otra parte, dado que la política norteafricana de España pasa, inevitablemente, por el desbloqueo de la cuestión del Sáhara es necesario desarrollar cuantas iniciativas sean necesarias para mejorar la comprensión entre las dos orillas del Mediterráneo.

Sobre las relaciones con su vecino ibérico, afirma Morán que el primer hecho es el desconocimiento que respecto a Portugal tienen la mayoría de los españoles, incluida la gran mayoría de los componentes de la clase política. Portugal sigue siendo el gran desconocido. La situación es tanto más difícil en cuanto que el portugués, condicionado por una versión histórica nacionalista, supone en el español una atención hegemónica inexistente, no ya por la prevalente falta de hegemonismo en la conciencia española, sino por su culpable falta de atención.

Si bien la realidad de un curso histórico diferente ha llevado a una definición de tareas internacionales divergentes, existen coincidencias substanciales, como: una posición geoestratégica complementaria; una mayor proximidad en niveles socioeconómicos, superior a la que relaciona a España con cualquier otro país europeo; una formación cultural muy semejante; una casi identidad de procesos políticos internos, una posición parecida respecto a Europa; semejantes posibilidades respecto a otras áreas, el Mediterráneo y Latinoamérica, por ejemplo; igual necesidad de que la adscripción a Occidente no conduzca a ambos países a una frustrante satelización. Factores todos ellos que obligan a construir una política peninsular y a retener *in mente* un hecho esencial: la reconversión que impone el fin de la época atlántica en Portugal continentaliza su visión internacional. Dicha continentalización conduciría a un acercamiento hacia España siempre que los dirigentes y fuerzas políticas españolas entendieran en profundidad dicha relación.

La tarea que propone Morán es la de mejorar el conocimiento mutuo con rigor y entusiasmo.

El último tema tratado en forma detallada en el libro es la cuestión de Gibraltar. A este respecto el autor afirma que el cambio político posibilita una acción reivindicativa mejor fundada o, cuando menos, un acercamiento que tenga en cuenta los datos sociológicos y culturales de las poblaciones Llanita y Campera. De acuerdo con el autor, un planteamiento nacional y no partidista de la cuestión debe comprender los siguientes puntos:

1) Consideración del verdadero valor estratégico de la zona de Gibraltar sin sacrificar el valor estratégico general por una solución que admita una base no exclusivamente española en el Peñón.

2) Un planteamiento respecto a la población que tenga en cuenta datos sociológicos, económicos, políticos y culturales.

Los temas del Tercer Mundo, Africa, China y América Latina están tratados muy pobremente en el libro. El lector latinoamericano no puede dejar de sentir cierto desencanto ante los planteamientos tan generalizantes y simplificadores del autor cuando analiza la evolución de las formaciones sociales latinoamericanas. Más que un análisis tenemos la impresión de estar frente a un *collage* de interpretaciones diversas todas ellas expuestas en un oscuro lenguaje economicista. Lo único que queda claro es que en América Latina existen colonias hispanas muy conjuntadas que podrían servir de sostén a cualquier acción oficial española.

Sobre Africa el autor se lamenta de que no exista una política definida y que en su momento España no haya cumplido su responsabilidad como potencia administradora en el proceso de descolonización de Guinea Ecuatorial.

Para el resto del Tercer Mundo el autor recomienda que España colabore en la creación de un orden más justo y estable y para ello propone la formulación de una ley de cooperación internacional que facilite e incremente la ayuda financiera y técnica a los países subdesarrollados.

Si bien el libro de Fernando Morán es valioso en cuanto que da a conocer la opinión de los socialistas sobre diversos temas de carácter internacional, la verdad es que peca de ambicioso al pretender formular una alternativa socialista para la política exterior española. En realidad el autor centra sus discusiones y posiciones en el ámbito meramente europeo: el ingreso a la OTAN (y lo que esto significa en términos de defensa y de alianzas políticas y definiciones ideológicas) el ingreso a la CEE, la presencia de España en el Mediterráneo, la reivindicación del Gibraltar, Canarias, etc. El libro no aborda la necesidad de elaborar una estrategia global con Estados Unidos o la URSS o una política para los países árabes (que el autor considera muy importante y en donde reconoce avances en la etapa franquista). En síntesis, el libro es muy desequilibrado ya que los temas del Tercer Mundo, América Latina, África, etc., son tratados muy tangencialmente y con una superficialidad que demeritan el valor de la obra en su conjunto.

El autor critica el marginamiento en que el régimen de Franco colocó a España; sin embargo, estos primeros planteamientos no se distinguen por su universalismo. A lo largo de su obra, Morán cae en dos serios problemas: la disquisición historicista y el esquematismo simplificante. Las largas referencias históricas supuestamente tratan de situar a un lector no especializado en la problemática internacional; sin embargo, es excesiva aun para el lego. Por otra parte, los esquemas tampoco a elevar el nivel de comprensión de los temas prioritarios de la política exterior española.

Un problema que se pone de manifiesto a lo largo del libro es que Fernando Morán no logra conciliar adecuadamente sus inclinaciones académicas con las de militante político, así, en muchas ocasiones tenemos la impresión de estar leyendo un tratado introductorio a la política exterior española, y no una explicitación de la postura del PSOE.

Finalmente, del libro se desprende una gran preocupación de los españoles para que el resto de Europa los acepte. Tal parece como si la sociedad española en su conjunto estuviera en un proceso de homologación con el objetivo de que las demás formaciones sociales europeas la reconocieran como miembro de su familia.

JOSÉ ANTONIO GÓMEZ MANDUJANO
Secretaría de Educación Pública